

Ricardo Clemente

VIAJAR, propiamente dicho, es olvidar la mugre en los quemadores. Tren, piano y la banda de Duke Ellington. ¿Qué hicimos en estos 64 años? ¿Qué hicimos para merecer que las calamidades cesen? *A coffee advertisement* vale por tu cara serena, sedación que se demuestra en la persiana tendida. Yo ya no soy el que vivía en los pueblos, aquel niño de las sobremesas veraniegas, que vaga a la sombra finísima de los garajes verdes. Sospecho que he sido extraído, aunque, ¿de dónde? Viajar, propiamente dicho, es recobrar algo de esa inocencia. Por el método de ensayo-error, en agencias turísticas que prescinden de sutilezas por mil duros. Tren, piano y la banda de Duke Ellington para anunciarlo, para correr la voz. He vuelto.

La cantante y la muerte forman un dúo inescindible. Brilla una amenaza en cada verso perfecto. En las notas un hacha virtual que alguien visualiza. Por eso el revuelo, el aplauso. Nada entusiasmo más que la sangre, el contrapeso de la felicidad. Y tú y yo sí que somos felices: bebiendo este vodka en la noche del sábado porque mañana es domingo y me amarás. Y tú y yo sí que estamos vivos. Un sol privado y un aire encrespante que entra por las ventanillas. ¿Sabremos que ahora hay que tener hijos? Escribir la breve postal: «Hoy estuvimos en la Vía del Corso, pero no hablamos siquiera de Jaime Gil de Biedma. Hablamos de ti y compramos esta postal. Luego el autobús se estropeó junto al río». Viajar, en propiedad, es huir de la cantante y la muerte, rehusar la verdad precisa.